



La Lectura Popular

AÑO XVII

Orihuela 1 de Ab. il de 1899.

Núm. 375

JESÚS MUERE

Jesús estaba suspendido en la cruz, su sangre caía gota á gota, y la vida se iba desvaneciendo lentamente. Los judíos saboreaban la muerte que venía. María Santísima permanecía siempre de pié y con los ojos fijos en Jesús. Juan, de pié como ella y como ella abismado en el dolor. Magdalena estaba de rodillas, enlazando con sus dos brazos el tronco de la cruz: en medio de sus sollozos y lágrimas no sabía separar sus labios de los pies desgarrados de su divino Maestro. Cerca del medio día el cielo se oscureció y quedó la tierra envuelta en siniestras y lívidas tinieblas... Jesús sintió que se llegaba su hora. «¡Mujer!—dijo con un acento de inefable ternura—¡he ahí á tu hijo!» Y sus ojos se dirigieron hácia Juan, el Discípulo amado. Y dirigiéndose á Juan, añadió: «¡He ahí á tu Madre!» Y como si quisiera, por último, condescender una vez más con la debilidad humana: «¡Dios mio!—exclamó con un grito desgarrador—¡Dios mio, por qué me has desamparado!» Mas como recobrando pronto su fuerza divina dijo: «Todo está consumado.» y dando una gran voz despues de haber dicho: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» ¡inclinó la cabeza y espiró!

En el Templo súbitamente rasgóse de arriba abájo el gran velo del santuario. La tierra tembló con fuertes sacudidas, como si fuera á perecer. Las rocas se entrechocaron y los sepulcros se abrieron, y los muertos aparecieron y un gran velo de sangre pasó sobre el sol.

«¡Ah!—exclamó lleno de espanto el centurion que mandaba la cohorte—¡en verdad que este era Hijo de Dios!» Y se alejó de allí golpeándose el pecho. Siguiéronle los soldados, y despues el pueblo judío despavorido.... Poco á poco se fué alejando la turba ocultando su espanto bajo la máscara de una sonrisa sardónica y.... quedaron al lado del muerto únicamente Maria, Juan y la Magdalena. Cuan-

do la masa del pueblo se alejó, otras dos mujeres, que habian estado apartadas, se acercaron: eran María, la madre de Jacobo, y Solomé, la madre de Juan. Todos juntos, silenciosos, desolados, delante de aquella cruz, de la que pendia su Maestro comenzaron á celebrar sus funerales.

¡La muerte!.... ¡Dios la sufrió!.... todos nosotros la tenemos que sufrir...y quizás no está muy lejos; quizá llevamos ya su germen en nuestro pecho y ha puesto ya su sello sobre nuestra frente. ¡Morir! ¡morir! ¡y he de morir yo tambien! Esta palabra tiene en el oido del hombre un sonido desagradable y duro.... Y no hay más remedio que morir: *Homo sicut faenum dies eius, tamquam flos agri sic effloret.* «Los dias del hombre se marchitan como el heno, como la flor del campo así florece y se seca.»

¿De donde procede el temor que nos causa la muerte?

No vivimos en este mundo más que la vida de los sentidos, por su medio nos vienen los pensamientos y brotan nuestros afectos y se despiertan nuestros deseos. De ahí que toda nuestra vida, por inocente que sea, se puebla de objetos materiales y sensibles, eso es lo único que vemos y lo único que amamos. La muerte nos arranca brutalmente de entre todo ese mundo de los sentidos y nos separa de él para siempre.... ¿cómo no nos ha de parecer cruel?

Mas ¿por qué estamos tan apegados á estas cosas sensibles y pasajeras? ¿No sabemos que las tenemos necesariamente que dejar un dia ú otro y alejarnos sin ellas en ese más allá de la vida? Dios ha puesto el sello de la muerte en toda criatura... Ha querido que todas nos recuerden y adviertan su deleznable fragilidad... Las flores se deshojan á nuestra vista... los frutos caen, los árboles mueren.... El dia se extingue en las tinieblas de la noche... el canto de esas aves que os embelesa se va perdiendo poco á poco en el fondo de los bosques, y al fin cesa. Hasta esas gigan-

tescas rocas cuyas enormes masas parecen desafiar á los siglos, se van desgranando desmenuzando, y poco á poco se van convirtiendo en polvo que disipan los vientos.... ¡En nosotros mismos cuántas cosas mueren!

El acto que ejecutamos en este mismo instante, en el mismo deja de ser y ya no es nuestro... ¡Qué de veces le quisiéramos asir en su huida para volverlo á hacer mejor, más digno... imposible! ¡ya pasó! El tiempo... esa misteriosa imagen de la vida ¿qué otra cosa es sino sucesión de instantes en que uno muere al punto que otro llega? Nuestros pensamientos se van, nuestros afectos se desvanecen, nuestros cariños mueren unos en pos de otros... todo nos grita: ¡Voy á morir!... Todo muere dentro y fuera de nosotros. ¿Qué hay estable y permanente en el mundo? Y, sin embargo, devorados como estamos por la sed de afecciones eternas, apegamos nuestro corazón ciegamente á todas esas cosas que deben morir... Y no es esto todo; nosotros, que debemos morir tambien, nos empeñamos en echar raíces en este mundo que tenemos que dejar. Supongamos que sea inmortal todo lo que nos rodea, ¿no debería bastar el saber que debemos nosotros morir, para no exponernos, por nuestro demasiado apego, á quedar despedazados cuando llegue la irresistible, la inminente separación?....

Pues bien, no; precisamente cuando la muerte se acerca, cuando nuestras arrugas se ahondan y nuestros cabellos blanquean, cuando nuestro cuerpo se encorva y vacila, entónces es cuando nos asimos con una energía delirante, como el hombre que se anega, á los vanos amores de este mundo.

¿Quien tiene, pues, la culpa de que suframos al morir?

El instinto de la naturaleza nos mueve tambien á mirar la muerte con espanto. Nuestro cuerpo y nuestra alma somos nosotros en este mundo: la muerte que sepa-

ra al uno de la otra, se nos representa como si nos desgarraran, separándonos de nosotros mismos. En fin, la enfermedad, el dolor, las angustias de la agonía forman un cortejo del que apartamos la vista temblando. El animal, como el hombre, experimenta este natural horror, y el alma de mejor temple, el alma mas santa, no puede siempre librarse de él.

Ni hay porque asombrarse. ¡La muerte es un castigo!... Por el pecado entró en el mundo... es la paga del pecado... Recibámosla como tal, cristianos, y reconociendo que somos culpables, inclinemos con humildad nuestra frente ante la divina Justicia que nos hiere. Es costumbre cuando el sacerdote ayuda á bien morir á un moribundo, inspirarle el pensamiento de aceptar voluntariamente la muerte.. ¿Qué quiere decir esto? ¿Aceptar la muerte cuando es inevitable, cuando la tenemos encima, cuando nadie en el mundo nos puede librar de ella? Si, cristianos, aceptarla con resignación, con un corazón sumiso y amoroso y como expiación suprema.

¡Ah! este es un grande y sublime pensamiento, uno de los más nobles arranques á que puede llegar la voluntad humana: para preparar la nuestra, ejercitémonos en estos sentimientos desde hoy mismo. Aceptemos de antemano la muerte, y confesemos que la hemos merecido. Imitemos al divino Maestro, que sufrió la muerte en expiación de nuestros pecados.. No hubo temor ni angustia sobre su frente. Apenas aquella queja amorosa, dada por decirlo así como excusa de nuestros lamentos y quejas y desesperación: «¡Dios mio, por qué me habeis abandonado!»

¡Oh qué Maestro! ¡oh y cómo seria necesario que le tuviéramos siempre delante de los ojos para prepararnos á morir! A las almas más humildes y sencillas Dios les concede á veces un gran valor en la muerte. Una mujer llena de fe (no de esa fe ilustrada y profunda que no es patrimonio sino de un pequeño número, sino de esa fe ingenua y comun que se halla entre los pequeñuelos de este mundo), una de esas mujeres, despues de haber sufrido mucho durante su vida, sintió que estaba herida de muerte por la enfermedad, y dijo á su hija: «¡Ya llega mi hora... no te separes de mí!» Llamó al sacerdote, se confesó, recibió el santo Viático y la Extremaunción, y como le dieran todavía esperanzas de vida: «¡Ah, no, no!—dijo—ya he sufrido bastante, ahora á descansar al cielo!» Ella misma dispuso sus exequias, y el arreglo y disposición del féretro y todo lo demás con una tranquilidad extraordinaria. Despues, sintiendo que le

subia á la garganta algo que la sofocaba, sin conmoverse, sin derramar una lágrima: «¡Hija mía! —dijo—esta es la agonía... hasta que nos volvamos á ver!... Y espiró.

Victor Van Tricht, S. J.

SUETOS Y VARIEDADES

La Misericordia de Dios

El bajel que vagabundo
Midió con velas y remos
Los dos opuestos extremos
Del uno y del otro mundo:
Despues que tanto profundo
Inmenso mar ha corrido,
De un huracán impelido,
Y en un escollo estrellado,
Teme ya, roto el costado,
Verse pronto sumergido.

El viento crece más fuerte,
El mar se inquieta más fiero,
Y el infeliz pasajero
Llora su próxima muerte:
En tan desgraciada suerte
Ya no le queda á su anhelo
Más esperanza y consuelo
Que alzar su congoja el grito,
Pidiendo humilde y contrito
Socorro y piedad al cielo.

Mas ¿en qué playa, en qué puerto
Pretende ser arrojado,
Viendo el cielo tan cerrado
Y el navío tan abierto?
En un naufragio ya cierto
¿Quién habrá que lo conforte?
¿En qué Santelmo, en qué Norte
Puede encontrar su esperanza
Para las olas bonanza,
Para el navío resorte?

Mas sin faltarle el aliento
En tan adversa fortuna,
Busca una tabla oportuna
Que lo lleve á salvamento:
A salvarse siempre atento
Nunca su valor desmaya;
Pues á no temer se ensaya
Del mar el ceño severo,
Abrazándose á un madero
Que lo conduzca á la playa.

Es el cuerpo el frágil vaso
En donde el alma navega,
Y de lágrimas se anega
En un mar á cada paso:
No hay instante en que un fracaso,
Ni rumbo en que un extravío
No tema un frágil navío,
Acostumbrado á encontrar
O algun escollo en el mar,
O en la tierra algun bajío.

La vida en cada momento
En un escollo tropieza,
Pues combaten su firmeza
Fuego, tierra, mar y viento:
Mas cuando cada elemento
Al alma causa temores,
Se ve con sustos mayores
Entre dos playas vecinas,
Una sembrada de espinas,
Otra esmaltada de flores.

Por un lado la memoria
Del infierno le amedrenta;
Por otro lado le alienta
La esperanza de la gloria:
Bien que parece ilusoria
Su mal fundada esperanza;
Pues solo la gloria alcanza
Un alma que está inocente,
Aunque se ve delincuente
Alienta su confianza.

Sabe con toda evidencia
Que Dios benigno le ha dado
Al naufragio del pecado
Por tabla la penitencia:
Sabe que de la clemencia
Es el trono verdadero
Aquel, que manso cordero,
De un madero está pendiente,
Y así busca penitente
A sus pies tabla y madero.

Quien atento considere
Las llagas del Redentor,
Por más que sea el mayor
Pecador, no desespere:
Si él es quien piadoso quiere
Que no muera y se convierta,
Sin duda tiene la puerta
De la piedad y el sagrado
En su pecho y su costado
Para el pecador abierta.

¡Oh cómo infunde consuelos
El ver que Dios se compara
A una gallina que ampara
Con las alas sus polluelos!
Con tan amantes desvelos
Pueden los hijos de Adán
Vivir sin susto ni afán
Al mirar que Dios extiende
Sus alas y los defiende
Del infernal gavilán.

No hay Madre tan amorosa
Que trate con más cariño
Al infante tierno Niño
Que entre sus brazos reposa:
El llama al alma su esposa,
Su inmaculada, su amiga:
No hay instante en que no siga
Como girasol su aspecto.
No hay ternura, no hay afecto
Que amoroso no le diga.

Con fineza desmedida
Nuestro buen Pastor se llama,
Y de retama en retama
Busca la oveja perdida:
A su aprisco la convida,
Si es que va descarriada,
Y si la ve fatigada,
Causando á todos asombro,
Echándola sobre el hombro
La conduce á la majada.

Yo soy, Señor, esa oveja
Que busca su perdicion,
Cuando falta de razon
De tu rebaño se aleja:
Yo soy el que sin refleja,
Perdido, ciego y sin tino,
Sigo el difícil camino
De la culpa y del pecado;
Mas de tus silbos llamado
Ya á seguirte determino.

¡Nadie extraña, y con razon,
Que Job con David se asombre
Cuando contempla que al hombre
Dios le da su corazón!
¡No es vaso de corrupcion!
¡No es un traidor, un infiel!
¡No es un lodo, no es aquel
Que Dios formó de la nadal
¿Pues cómo Dios empleada
Tiene su memoria en él?

¿Qué admiraciones extrañas
No hiciera al ver que á ese lodo
Dios sacramentado todo
se le mete en las entrañas?
¿Qué hiciera al ver las hazañas
De su amor tan excesivo
Si mirara compasivo
Que el Hombre-Dios entre penas
Da la sangre de sus venas
Por redimirlo cautivo;

Si no son tiernas caricias,
Yo no sé cómo las nombre.
Decir que Dios con el hombre
Tiene todas sus delicias:
¿No tienes, Señor, milicias
De espíritus soberanos
Que fieles y cortesanos
Te alaban de noche y día?
¿Para qué la compañía
Quieres de hombres tan villanos?

¿Qué tiene el hombre que tanto
Lo ama el Señor que lo hizo?
¡Esto es para mí un hechizo
Si para Dios un encantol
Pero á nadie cause espanto
El amor que Dios le muestra;
Pues una mano maestra
Ama su estatua ó pintura.
Y el hombre imagen y hechura
Es de la divina diestra.

Es Dios autor soberano
Del hombre, y en su pintura
Se deleita al ver la hechura
Tan perfecta de su mano.
Fuera de que el sér humano
Es obra de su pincel;
Tiró su diestra el nivel
Con tanto amor y conato,
Que hizo en el hombre un retrato
Todo semejante á él.

A toda hermosura place
Ver su rostro en un espejo;
Así Dios ve su bosquejo
En el hombre y se complace:
No hay quien rompa ó despedace
Su imagen más verdadera:
Ninguno se ve que quiera,
Al lienzo en que está pintado,
Verlo roto ni abrasado
En las llamas de una hoguera.

De Dios soy imagen: luego
Si El su copia me formó,
No querrá jamás que yo
Arda y me abraze en el fuego:
Antes bien, si acaso ciego
El apetito se atreve
Aun con la mancha más leve
A deformar su pintura,
Luego al instante procura
Que se retoque y renueve.

De aquí nacen sus enojos,
Pues afirma por su boca
Que quien toca al hombre, toca
A las niñas de sus ojos:
Quiso que espinas y abrojos.
Dé la tierra por tributo
Desde aquel día, que el fruto,
Que produjo venenosa,
Transformó su efigie hermosa
En un estólido bruto.

Dios, que imprime al cristianismo
El caracter de su idea
Para que así el hombre sea
Justa imagen de sí mismo,
Quiere que desde el bautismo
Esté sin mancha ni escoria;
Y para eterna memoria
De una pintura tan bella,
Pretende adornar con ella
El gran templo de su gloria.

La gloria es solo el asiento
Que su amor me ha preparado
Para que brille exaltado
Cual astro del firmamento:
No tiene otro pensamiento
Su corazón amoroso
Que el hacerme venturoso
Dándome cuanto es preciso
Para que en su Paraíso
Consiga eterno reposo.

El enojo y reprension
Y otros castigos funestos,
Son designios muy opuestos
A su amante corazón.
Toda aquella compasion
De que es un padre capaz,
Es en su amor eficaz,
Quien infundirle procura
Sólo afectos de ternura
Y pensamientos de paz.

¡Oh qué claro nos lo dice
El Evangelio sagrado
En aquel tierno, apiadado,
Padre de un Hijo, infelicel
Que aquel Padre simbolice
A nuestro Dios y Señor.
Y que sea el pecador
Aquel Hijo arrepentido,
Es obvio comun sentido
De cualquier expositor.

De este mal hijo la audacia,
Engañado del demonio,
Perdió todo el patrimonio
De los bienes de la gracia:
Lejos de su Padre sacia
Sus inmundos apetitos,
Y cometiendo infinitos
Desórdenes su locura,
Sólo acumular procura
Culpas, vicios y delitos.

Conociendo su miseria
Y su loco frenesí,
Tomó de volver en sí
La resolucion más seria:
Todo una pura laceria,
Y con la hacienda perdida,
Busca, mudando de vida,
(Aunque de su vista indigno)
En un Padre el más benigno
La más piadosa acogida.

¿Quién no pensara y dijera
Que al verlo el Padre venir
Lo habia de recibir
Con la esquivéz más severa?
Mas ¡qué diversa manera
Tiene el Señor de pensar!
Es Padre, y se ha de alegrar
Al ver un hijo enmendado,
Sin poder, lleno de agrado,
Su gusto disimular.

Por eso de regocijo
Todo lleno y de alegría
Vió que á su casa volvía
Aquel su perdido hijo:
Las ternuras que le dijo,
De su voz el mundo llanto,
Pueden sólo expresar cuánto
Elocuente y persuasivo
Es siempre con su atractivo
Del amor el dulce encanto.

Todo en lágrimas deshecho
Luego los brazos le extiende,
Como que quiere y pretende
Meterlo dentro del pecho:
Aún no su amor satisfecho
Una y otra vez lo besa;
Y para dar más expresa
Muestra de su gran placer,
Manda luego disponer
La más espléndida mesa.

Mas ¿cómo lo abraza luego?
¿No ve que el pródigo es tal
Que ha disipado el caudal
En el vicio y en el juego?
¡Oh amor! ¡Y cómo el ser ciego
Es preciso que te cuadrel
Pues amor de padre y madre
No mira otro punto fijo
Más, que el hijo, es siempre hijo
Y que el padre siempre es padrel
Francisco Javier Lozano, S. J.

MAGNÍFICO EJEMPLO

La Real Academia Española ha celebrado una solemne sesión para adjudicar los premios de la virtud á varios individuos que se han distinguido por rasgos sublimes de abnegación.

La memoria expresando los méritos contraidos por los agraciados ha sido redactada y leída por el académico don Eugenio Sellés, poeta de la escuela liberal más pura, quien no ha podido sin embargo omitir el rasgo que vamos á mencionar y que obtuvo uno de los premios.

Haciendo la reseña de los premiados, dice un diario madrileño, liberal tambien:

“Virtud religiosa

Matías Calabria tiene mujer y ocho hijos. Vive, de exiguo jornal, en una barraca construida por él mismo sobre solar prestado y con materias recogidas de limosna.

No lejos de aquella miserable habitación existe una Escuela Asilo donde son recogidos los párvulos, que reciben allí, no sólo instrucción y comida, sino hasta juguetes con qué entretener las horas de recreo.

Calabria obtuvo asilo para tres de sus hijos; una verdadera fortuna para ellos y un alivio para aquel hogar, donde no siempre el pan alcanza á todas las bocas. El problema de la vida quedaba resuelto, en parte, con todo lo que puede apetecer la ambición de las clases olvidadas por la suerte.

Pero aquella institución, puramente civil, no proporcionaba enseñanza cristiana á sus acogidos y al saberlo Calabria, retiró de ella á sus hijos, mostrando que aún hay quien posponga los intereses morales á los intereses materiales en el vértigo de este mundo, que ya no rueda, sino se precipita, mareado por los resplandores del oro y los deleites de la carne.

«Gracias á las libertades liberales» debia haber añadido el Sr. Sellés y el periódico que transcribe su memoria.

EL PUEBLO SOBERANO

Dicen que el pueblo es soberano: séalo en buena hora; pero al pueblo que se levanta, se le bombardea en Barcelona y se le ametralla en París.

Cuando el pueblo no era soberano, pagaba pocas contribuciones, viajaba sin pasaportes, y dormía sin cerrar las puertas de su casa; la Religión las guardaba. Ahora al pueblo se le chupa la sangre y se le va dejando desnudo, bien que se pone en cambio en la cabeza...una corona de espinas.

Así se desnudó, y se escarneció, y se crucificó á Jesucristo... y, sin embargo, sus verdugos pasaban delante de él, movian la cabeza... y gritaban: «¡Dios te salve, Rey de los judios!»—(Aparisi).

PENSAMIENTOS

Lo que puede haber de peor es la corrupción de lo mejor.
(San Juan Crisóstomo.)

El corazón tiene razones que la misma razón desconoce.
Pascal.

El placer de morir sin pena vale la pena de vivir sin placer.

Mas sirve la caridad al que la hace que al que la recibe.

Aprende á vivir bien, y sabrás bien morir.

Rectifica tus pensamientos, y si son puros, tus acciones lo seran tambien.

Los buenos sucesos vienen de Dios pero las buenas obras salen de nosotros.

Las grandes riquezas producen los grandes cuidados: el mucho número de hijos, muchas preocupaciones; y la vida larga, males de larga duracion.

Examina bien si lo que prometes es justo ó si puedes cumplirlo; porque la promesa que se hace, no debe revocarse.

El hombre honrado está siempre pacífico, igual y tranquilo; pero el malo vive siempre en la turbacion é inquietud; y dolores secretos devoran su corazon.

No pidas que los sucesos se arreglen á tus deseos; sino, conforma tus deseos á los sucesos: este es el medio de ser dichoso.

Muchas veces es efecto de la gracia de Dios lo que llamamos efecto de su indignacion; y lo que pensamos que es efecto de su gracia, lo es de su ira.

(El Papa San Gregorio.)

LEJOS Y CERCA

—Ayer, padre cura,
con el campanero
me subí á torre

más alta del pueblo.
Y lo que tan grande
desde abajo vemos,
visto desde arriba
parece pequeño.
Padre, ¿en qué consiste?
—Escucha, hijo mio,
y no olvides esto.
Lo más asombroso
que existe en el suelo,
los grandes palacios,
altos monumentos,
cuanto sobre el mundo
se eleva soberbio,
si ganas la altura
lo veras pequeño.
Mezquino á tu vista
será lo más regio,
porque allí...te encuentras
más próximo al cielo.

M. Ramos Carrión.

BIBLIOGRAFIA

CATHOLICUM.—Revista contemporanea ilustrada de la Iglesia Católica se publica en Roma el 2. y 4 Sabado de cada mes en cinco ediciones Italiano, Frances, Ingles, Aleman, y Español. Unica representación para España y las Colonias y America del Sud, Subirana Hermanos, editores Calle Puertaferri 14 Barcelona. Precio 30 pesetas al año y 16 al semestre.

CATHOLICUM es una revista verdaderamente nueva impresa con esquisito arte, adornada con grabados preciosos en una palabra, es un paso dado por la prensa católica que merece muchos aplausos. Es un dolor ver como progresa el arte de las tinieblas; justo es que avance tambien el arte de la luz; la civilizacion cristiana asi lo exige. Ensalzar los actos públicos de la Iglesia, referir el progreso religioso y moral del mundo, admirar el prodigioso arrojo de los misioneros católicos, ilustrar la acción del catolicismo en cada pais es sin duda una obra nueva y meritoria que ha de encontrar nuevo eco y ha de abrir el camino á otros trabajos análogos. Adelanta por Jesucristo. Crezcamos en El en todos sentidos; que en El estriba el progreso verdadero.

EL CATEQUISTA INSTRUIDO.—Método para enseñar bien el catecismo. Obra util para los señores sacerdotes y para los maestros de escuela por un Sacerdote Saleciano. Folleto de 143 páginas en 8.º precio en rústica Ptas. 0'75 y en tela 1'25—Barcelona. Libreria Saleciana.—Sarriá.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, rrieros, feligreses, etc, ó manda distribuir por huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias cuartillos y octavos de accion.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion. 4 pesetas mensuales
Media id. 2 "
Un cuarto id. 1 "
Un octavo id. 0'50 "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, el administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Bolsa 10. y en las demas administraciones católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR